

Ángel María Garibay K. a los 50 años de su muerte

Nacido en la ciudad de Toluca en 1892 y muerto en la ciudad de México el 19 de octubre de 1967, Ángel María Garibay K. destacó desde sus años de juventud por su interés en la cultura mexicana con particular énfasis en la indígena. Después de cursar estudios en el seminario conciliar de la arquidiócesis de México y de recibir la ordenación sacerdotal, fue destinado a trabajar en varios lugares dentro de los límites del Estado de México. Convivió en Jilotepec, Huixquilucan, San Martín de las Pirámides, Tenancingo y Otumba con grupos de lengua otomí y también otros de idioma náhuatl.

Sin desatender sus obligaciones eclesíásticas, encontró tiempo para investigar y escribir sobre diversos aspectos del pasado y el presente de los pueblos originarios. Hallándose en relación con personas como Agustín Yáñez, Porfirio Valdez, Justino Fernández y otros varios maestros e intelectuales universitarios, trabajó logrando que su principal forma de descanso fuera la de investigar y dar a conocer los frutos de sus pesquisas.

En sus varias parroquias hubo gente que apreció grandemente su trabajo, en tanto que otros pocos llegaron a acusarlo con el arzobispo de México de que lo encontraban frecuentemente estudiando porque probablemente no había concluido sus estudios.

Si se pregunta cuál fue el legado que dejó Garibay, la respuesta es ésta: en primer lugar, aportaciones lingüísticas sobre el otomí y el náhuatl, como el estudio que sacó a luz en los *Anales del Museo Nacional* sobre los fonemas del otomí, y también la edición que publicó, hallándose todavía en Otumba, para facilitar el aprendizaje de la antigua lengua mexicana: *Llave del náhuatl* (1940).

Concluidas sus varias estancias en las que emuló el trabajo de hombres como fray Bernardino de Sahagún y fray Juan de Torquemada, fue nombrado

canónico lectoral en la Basílica de Guadalupe, tarea consistente en dar conferencias públicas acerca de la Biblia.

Desde los años postreros de la década de los cuarenta y luego en los primeros de la siguiente, trabajó Garibay investigando en la Biblioteca Nacional de México y en otros archivos para localizar, estudiar y difundir la riqueza de documentos en lengua náhuatl. Así, en dos gruesos volúmenes, aparecidos entre 1953 y 1954, publicó en la Editorial Porrúa su magna obra *Historia de la literatura náhuatl*. Ella fue revelación de la enorme riqueza que, a pesar de destrucciones, se salvó con testimonios del pasado prehispánico.

Hacia 1953 Garibay empezó a recibir estudiantes, en su calidad de profesor extraordinario, en la facultad de Filosofía y Letras, a partir de que la UNAM le otorgó un doctorado *honoris causa*. Entre ellos tuve el privilegio de ser tal vez el primero que acudió a él. Otros fueron extranjeros como Charles E. Dibble y Arthur J. O. Anderson, los traductores al inglés del *Códice florentino*, y más tarde Alfredo López Austin y Thelma Sullivan, uno y otro que se especializaron en historia prehispánica y tradujeron numerosos textos. Con Ángel María Garibay fundamos el Seminario de Cultura Náhuatl y pusimos en marcha la serie de Estudios de Cultura Náhuatl.

Garibay publicó una edición de la obra de Sahagún, la *Historia general de las cosas de Nueva España*, y otro tanto de las historias de fray Diego Durán y fray Diego de Landa. Varón incansable, acometió también la tarea de traducir a los grandes dramaturgos griegos, así como algunos textos bíblicos del hebreo.

Sin exageración, puede afirmarse que Garibay influyó en el ser de México haciendo revelación de su cultura afincada en sus raíces indígenas.

Miguel León-Portilla